

## A. LA IGLESIA CHILENA EN EL SIGLO XXI

Cuando, al llegar a Chile en 1937, el Padre Hurtado recorrió el país de norte a sur, no encontró el Chile “católico” que esperaba encontrar. Y escribió un libro que era una pregunta: “¿Es Chile un país católico?”. La respuesta era: no; Chile ya no era el país católico que fue hasta el siglo XIX, el país católico que el Padre Hurtado llevaba en su memoria histórica y que también llevamos nosotros, aun cuando sus rastros se vayan esfumando rápidamente.

### I. LA IGLESIA CATÓLICA COLONIAL

La Iglesia Católica colonial, parte esencial del Chile colonial, tenía como el, cinco características.

1. Descansaba en la autoridad: nadie discutía la autoridad del padre en el hogar; del rey, del gobernador o del corregidor, en el país. Nadie discutía tampoco la del Obispo y, en general, la del clero y de los religiosos, en las conciencias.
2. Se apoyaba en el orden: cada cual ocupaba el lugar que le correspondía en la sociedad: el patrón como patrón, el inquilino como inquilino. El patrón, el jefe podían ser injustos o malvados: tenían que corregir el daño que causaban, pero eso dependía de su conciencia o de la autoridad superior, rara vez de los agraviados.
3. La institucionalidad de la Iglesia prevalecía, en cierta manera, sobre la libertad de la inspiración evangélica. El Evangelio, el Espíritu Santo llegaban a los fieles, en la Iglesia y por la Iglesia; la pretensión de un contacto directo con Dios, con Cristo, con el Espíritu Santo, no controlado por la institución eclesial y por su jerarquía, aparecía como un peligro, casi como una rebelión.

4. La sociedad chilena era sobria. El dinero, los bienes de consumo, el bienestar, el lujo ocupaban un espacio reducido. Se pensaba más en Dios que en el dinero y en la salvación eterna que en la prosperidad temporal.
5. La sociedad colonial era austera. Se hablaba más de deberes que de derechos, o de placeres. Se temía al pecado y a la condenación eterna y se procuraba evitarlos; y, en caso de caídas, se hacía penitencia o, por lo menos, se incurría en la condenación de los demás.

## II. EL CAMBIO CULTURAL

Cinco grandes olas culturales, a lo largo de los siglos XIX y XX, han quebrado contra la roca, al parecer inexpugnable, de esta Iglesia y de esta cultura colonial. La roca ha recibido el impacto; lo ha resistido pero le ha hecho mella. Ya no es, ni volverá a ser, la misma de antes.

1. Contra la autoridad, se ha levantado el reclamo de la libertad: libertad de pensamiento y de conciencia, libertad política, económica, social y cultural. El liberalismo, el radicalismo, el laicismo, el anticlericalismo, la masonería expresan esta corriente que va en contra de toda autoridad que no sea libremente elegida y, en especial de la autoridad de la jerarquía de la Iglesia católica. Los sectores plutocráticos, menos imbuidos de la mentalidad conservadora, la clase media emergente, la enseñanza fiscal a todos los niveles, la administración pública, han sido los primeros en recibir este mensaje liberador y en hacerlo suyo.
2. Contra el orden establecido, se ha levantado el reclamo de la justicia, exigida por quienes se consideran víctimas de la injusticia. El movimiento obrero, las huelgas, las protestas; el sindicalismo, los partidos políticos de izquierda, especialmente el socialista y el comunista; la ideología marxista son hitos en el desarrollo de esta

lucha por la justicia entendida principalmente como lucha contra las desigualdades y los abusos en el orden político, económico y social. El mundo obrero y campesino ha sido el actor mas decidido en esta lucha por la justicia, liderado a menudo por intelectuales y por estudiantes.

3. Contra la institución, y en particular contra la Iglesia establecida, se ha levantado el reclamo de la libre inspiración religiosa. Uno a dos millones de católicos chilenos, especialmente de entre los pobres, han abandonado la Iglesia Católica para ir a los cultos evangélicos o pentecostales, a denominaciones o sectas cristianas pero no católicas, en busca de una relación mas libre con Dios, mas afectiva, mas participativa. Y en sectores de la elite cultural se advierte una tendencia a buscar a Dios, al absoluto, a la verdad o al espíritu, en otras religiones o filosofías, orientales a menudo, esotéricas a veces, como si la estructura de la Iglesia Católica estorbara, en vez de facilitarla, la búsqueda o la experiencia de Dios, de la verdad, del bien o de la paz.
4. Contra la sobriedad de los tiempos coloniales, se han levantado las olas del economicismo -la idolatría del dinero- y del consumismo, que es como una ansia de los bienes y servicios orientados hacia “el tener de todo”, “el estar bien”, “el pasarlo bien”. La globalización de la vida económica ha acentuado el carácter fatalista de esta tendencia, que usa del marketing, del crédito, de la publicidad, y de los medios de comunicación, para crear en la población una mentalidad materialista: uno vale lo que uno tiene y lo que uno goza
5. Contra la austeridad de los tiempos coloniales se ha levantado la ola del permisivismo, de la búsqueda del placer, de cualquier placer, del que a uno le agrada ahora, aunque lo destruya o lo arruine mañana: el comer por capricho, el beber con exceso, el tabaco, el alcohol, la droga, el juego; el sexo sin responsabilidad, sin privacidad y sin amor,

el culto del cuerpo, de su salud, de su eficiencia, de su belleza; y el culto del espíritu, del estudio, de los grados y de los post grados; el afán de verlo todo, de leerlo todo, de hacerlo todo, de tenerlo todo, de saberlo todo, de gozar de todo, sin otro límite que el de no estorbar a los demás que buscan y reclaman lo mismo para ellos.

Consumismo y permisivismo son dos expresiones del reclamo de la felicidad.

### III. EN BUSCA DE UN EQUILIBRIO

¿Cómo conciliar ese cuádruple reclamo? ¿Y cómo integrarlo con lo que hay de justo y necesario en las exigencias de autoridad y de orden, de institucionalidad, de sobriedad y de austeridad? ¿Cómo lograr corregir la **tesis** “colonial” un tanto rígida y excluyente con la **antítesis** “moderna” un tanto anárquica y tal vez decadente? ¿Cómo lograr la **síntesis** de autoridad y libertad, de orden y de justicia, de institucionalidad y de libertad de la inspiración, de sobriedad, de autoridad y de felicidad?

Los que vivieron bajo el régimen de la tesis colonial, a veces la añoran. Bajo su imperio, se podía ser feliz: así lo afirman ellos. Otros en cambio se sienten liberados con su antítesis: rechazan la tesis que, según ellos, los esclavizó y acogen la antitesis como una liberación. Algunos de ellos ya vienen de vuelta. La libertad y la justicia no se han logrado. La inspiración religiosa se agota muy luego y, así como los “Beatles” partieron a la India en búsqueda de Dios y regresaron muy luego sin haberlo encontrado, muchos siguen buscando y no encuentran. El consumismo y el permisivismo tampoco les han dado la felicidad esperada.

Se van dando poco a poco las condiciones de un equilibrio. Autoridad y libertad no se oponen, se complementan. La democracia permite elegir libremente a las autoridades y libremente nos sometemos a ellas porque el bien común y el bien de cada cual exigen que haya quienes

manden. Y la autoridad a su vez se empeña en desarrollar la verdadera libertad y en educar para su recto uso.

Hemos comprendido que el orden que tapa la injusticia no es orden y que el desorden puede ser la peor de las injusticias. No hay orden sin justicia ni justicia sin orden.

Sabemos también que la mas alta inspiración tiene que expresarse y canalizarse en una institución para mantenerse y extenderse. Y sabemos también que las instituciones tienden a la rutina y al desgaste. Que tienen que renovarse al contacto de la inspiración inicial.

Y que no se puede ser feliz cuando se carece de los bienes necesarios y de los sencillos placeres que alegran la vida. Pero que el exceso de bienes y de placeres, y la pérdida del control de sí mismo, de la autodisciplina llevan a la decadencia y a veces a la degradación de las drogas, del alcohol o de la delincuencia. El reclamo de felicidad exige un equilibrio, sin ir de un extremo al otro.

Acoger todo lo justo y noble de los reclamos de libertad, de justicia, de inspiración y de felicidad y hacer posible su satisfacción manteniendo todo lo que sea necesario de la autoridad, del orden, de la institucionalidad, de la sobriedad y de la austeridad de otros tiempos es uno de los grandes temas de este siglo XXI.

#### **IV. LA IGLESIA DEL SIGLO XXI**

Al empezar el siglo XXI nos encontramos con una Iglesia estallada, por decirlo así, en tres Iglesias diferentes.

1. La primera es la Iglesia tradicional. Es el fruto del trabajo evangelizador de los religiosos españoles del tiempo de la colonia y de los que los siguieron -chilenos o venidos de otros países- durante los siglos XIX y XX. Esta Iglesia tiene una estabilidad muy grande. Se expresa en la vida privada, en la piedad, en las virtudes cristianas y en los hábitos

cristianos de gran parte del pueblo chileno. Y se expresa también en las grandes manifestaciones de la religiosidad popular como son los santuarios, las peregrinaciones etc. Esta Iglesia tradicional es bastante independiente de la Iglesia actual de que hablaremos mas adelante. Tiene fuerza propia. Eso le da su solidez y es al mismo tiempo su debilidad.

2. La segunda es la Iglesia crítica. Es el fruto de esas cinco olas culturales que hemos descrito. Muchos chilenos siguen siendo católicos y se dicen tales pero el liberalismo, el socialismo, la búsqueda libre de una vivencia religiosa o espiritual personal, el agnosticismo, el materialismo económico y el permisivismo moral les han hecho mella, en mayor o menor grado. Acusan a la Iglesia de querer mantener una cultura y un orden obsoletos, de no entender el mundo moderno, de no renovarse, de ser poco comprensiva con la juventud actual...o sea de no adaptarse al reclamo de libertad, de justicia, de libre inspiración religiosa y de felicidad y de seguir adherida a la autoridad, al orden, a la institucionalidad y a un estilo de vida sobrio y austero que impide, según ellos, la felicidad.
3. La tercera es la Iglesia actual. Es el fruto del trabajo de los obispos, de los presbíteros y de los diáconos de hoy, de los religiosos y religiosas, de los movimientos espirituales y apostólicos de laicos y de las decenas de miles de cristianos laicos que se desempeñan como catequistas, profesores de religión, ministros de la Eucaristía, animadores de comunidades, misioneros, trabajadores sociales...

A la Iglesia actual le corresponde una triple y pesada tarea. En primer lugar santificarse a sí misma y crecer. Luego el atender a la Iglesia tradicional con la catequesis sacramental, la atención de los santuarios... Y, finalmente, estar en medio de la Iglesia crítica, aprendiendo de ella,

ayudándola en sus dudas, escuchando sus dificultades y tratando de responder desde la fe y desde la experiencia a los mil problemas que ella plantea y a los anhelos que ella expresa.

## B. UNA MIRADA DE FE HACIA EL FUTURO

Viendo la Iglesia actual un poco desde fuera, como un pastor jubilado pero al mismo tiempo, como un cristiano que ama a su Iglesia y al mundo, veo abrirse ante ella algunos caminos que parecen muy prometedores.

### I. CINCO SUGERENCIAS

1. La Iglesia debería hacer suya, apasionadamente, la triple recomendación que, a raíz del Sínodo de Obispos de América de 1997, nos hizo el Papa Juan Pablo II en "Ecclesia in América". El cristiano del siglo XXI será un hombre o una mujer que haya tenido un encuentro personal con Cristo que le cambió la vida, un convertido, no un católico por tradición, por familia o por colegio solamente. Será un hombre o una mujer que se le conoce que ama, que vive el amor, en el trato de persona a persona y en grupo, que quiere a todos. Será por fin una persona solidaria con todos los seres humanos, especialmente con los que mas sufren, sin excluir a nadie, sin sectarismos, exclusivismos, fobias u odios a tal o cual grupo humano. Si la Iglesia insistiera a todo nivel en estos tres puntos se liberaría en gran parte de lo que se le critica, de preocuparse más de la institución eclesial concreta actual que de amar a Dios y a todos los hombres, siguiendo la inspiración del Evangelio.
2. La Iglesia tiene que clarificar ante el país y ante su propia conciencia su actitud frente a los evangélicos y pentecostales y también ante todos los que buscan a Dios o sienten haberlo encontrado, fuera de la Iglesia Católica y aun del cristianismo o del mundo de la Biblia. Debemos hacerles sentir que tenemos plena conciencia de estar en la verdad pero que conocemos también nuestras deficiencias e insuficiencias humanas.



Explicarlas, no para justificarlas, sino para que se vea nuestra sinceridad en la búsqueda del bien. Manifestar nuestro aprecio por todo lo positivo, lo auténticamente religioso y evangélico que hay en otras tiendas religiosas, invitar a sus seguidores a colaborar con nosotros en todo lo que nos une y ofrecerles nuestra colaboración para bien del pueblo chileno. Invitarlos a convivir en paz, y en vez de competir, a la defensiva o a la ofensiva, sentirnos hermanos, estimularnos mutuamente, apoyarnos los unos a los otros. Cuanto más santos y más humildes seamos, mejor nos entenderemos y más nos acercaremos los unos a los otros.

3. Ante la persistencia y la posible agravación de la pobreza y de la marginación de tanta gente; ante la globalización de los problemas políticos, económicos y sociales que hace a los gobiernos nacionales casi impotentes y ante la declinación y la crítica de las ideologías y de los sistemas, debemos acudir a lo más esencial del Evangelio, llamar a vivir la caridad fraterna, directa, inmediata, espontánea. En concreto pedir a los cristianos que den para los pobres, quien el 1, quien el 10, quien el 20 por ciento de lo que tiene o de lo que gasta en vivir para ayudar a los demás a vivir más dignamente. Y, antes que eso, su tiempo, su trabajo, su iniciativa. Que Chile deje de ser dos Chiles, el de La Dehesa y el de La Pintana, para ser un solo Chile fraternal, sin marginados y sin violentistas, que recurren a la droga o a la delincuencia para superar sus frustraciones.

No se trata de que la Iglesia jerárquica descuide su labor pastoral para atender a los quehaceres de salud, de educación o de vivienda. Su rol es de promover en los cristianos una gran compasión e interés por los que se van quedando atrás, invitarlos a apoyar a las obras sociales que les inspiren confianza o a crear otras nuevas que puedan ser mejores, que no se preocupen sólo de la etiqueta católica, salvo cuando

piensen que es una garantía de buen servicio, que ayuden o que participen en toda obra buena, venga de quien venga y solamente por amor a Cristo y a los hombres.

Y al mismo tiempo insistir en promover la sencillez, la sobriedad en la manera de vivir, en que se acabe la competitividad millonaria en los matrimonios, las fiestas sociales, los eventos, los veraneos. Lo uno va con lo otro: sin sobriedad no hay generosidad. Hay que desapegarse para poder dar de veras.

4. Otro tema que yo propondría es el eterno tema de la familia. La ley de divorcio civil es un incidente dentro de un proceso mucho más complejo. Es un hecho que la enseñanza cristiana acerca de la familia tiene que pasar por un conocimiento real de las circunstancias en que se desenvuelve en Chile la vida de la familia, de los mil obstáculos que dificultan vivir esa vida de acuerdo a los principios cristianos. No basta con recordar la doctrina; muchos la conocen, quisieran vivirla, pero las circunstancias concretas de su vida les impiden –o al menos les dificultan mucho- hacerlo. No son ignorantes, ni se sienten culpables, se sienten víctimas de un sistema que no permite tener una familia como Dios manda y como ellos la desean. Piden comprensión y ayuda, no solo enseñanzas, a veces imposibles de cumplir en el contexto actual, principios severos o condenas que les parecen injustas. Hay allí un tema que interesa a todo Chile y en que la Iglesia debe ser protagonista, pero partiendo de la realidad, no solo de los principios, sin olvidar éstos.
5. Pienso finalmente que existe la necesidad y el deseo de una Iglesia Católica en que el estudio de los problemas pastorales y las decisiones que se tomen en este campo sean compartidos por más gente que ahora. Uno tiene la impresión que las Orientaciones Pastorales del Episcopado quedan en el ámbito del clero diocesano, de las parroquias y de otros organismos que dependen directamente de los obispos. Uno quisiera ver

participar mas plenamente, y con toda la riqueza de sus propios carismas, a las familias religiosas, las antiguas y las nuevas; a los movimientos apostólicos de laicos que dan a la Iglesia una gran parte de su vitalidad; y a los laicos católicos, universitarios, intelectuales, científicos, artistas, empresarios, líderes de todo tipo y ambiente, que conocen mejor a veces que los pastores la realidad, y tienen una llegada y una influencia en la vida real que los pastores no siempre tienen. Talvez las reuniones de la Conferencia Episcopal, al menos una vez al año o cada dos años, deberían ser precedidas por reuniones bien preparadas de estos diversos estamentos, que permitirían a los obispos tomar decisiones que descansen en una información mas amplia, en una participación mas extensa y que serían llevadas a la práctica con mas eficacia por haber sido compartidas por muchos mas que ahora.

## **II. UN CLIMA NUEVO**

Tengo la impresión -la convicción, mejor dicho- que si siguiéramos estas orientaciones, la Iglesia en Chile se rejuvenecería, se haría más vigente para el pueblo chileno, entraría mejor colocada a nuestro futuro. Comprendo también que habría un costo: no se abandonan las posiciones logradas con tanto esfuerzo a lo largo de los siglos -poder, prestigio, influencia, de tipo tradicional- sin pérdidas que pueden ser o parecer muy grandes. Pero esas pérdidas serían muy compensadas por el soplo nuevo que pasaría por nuestra Iglesia y por Chile. La historia de la Iglesia nos da motivos para pensarlo. ¡Cuántas veces ella ha dado vuelta la página y ha empezado de nuevo!

El vivir y predicar en todas partes, con el ejemplo, el testimonio y la palabra, las tres recomendaciones bases de “Ecclesia in America”

refrescaría el sentido de inspiración religiosa –más que la simple participación en la institución eclesial-, nos acercaría a los evangélicos y a todos los que buscan a Dios fuera de la Iglesia, respondería al deseo y a la necesidad de amor que tiene la gente y al deseo de ver en los cristianos personas movidas por el amor a todos, más que por la pertenencia a un grupo determinado.

El acercamiento, por difícil que pudiera ser –por circunstancias históricas- con los evangélicos y pentecostales nos haría bien a nosotros y creo que les haría bien a ellos también.

Un amplio llamado a la caridad fraterna, directa, inmediata y espontánea nos sacaría de las querellas ideológicas o técnicas entre liberalismo, socialismo, globalismo o cualquiera otra fórmula nueva, dejando a los especialistas el estudio de las soluciones políticas, económicas o sociales adecuadas, para centrarnos en lo que es lo propio del cristiano: ver a Cristo en el pobre y dar al pobre como a Cristo. Si lográramos vivir el servicio a los pobres –y a todos los que se sientan postergados o marginados-, al margen de toda ideología, de izquierda, de centro o de derecha, con el puro Evangelio, creo que sería mucho más fácil a todos los cristianos, de todos los matices, el cooperar a la obra común de la superación de la pobreza, de la indigencia, de la miseria y de la marginación.

El llamado a la sencillez de vida nos haría mucho bien a todos, y a nuestras familias, moderaría el consumismo de los que tienen y las ansias de los que no tienen, y dejaría recursos disponibles para ayudar a los demás.

El tema de la familia incluye los temas del sexo y de la vida, talvez los más candentes del momento actual. Solo nosotros los cristianos podemos hacer revivir la pureza del corazón, la limpieza de la vida, la fuerza y la ternura del amor, el aprecio de la privacidad y de la intimidad, la

dignidad del hombre y de la mujer, y el respeto debido a todos: respetarnos a nosotros mismos y hacernos respetar; respetar a los demás y hacerlos respetar.

Y finalmente creo que el pueblo de Dios pide una mayor participación. Los cristianos somos virtuosos de cien instrumentos diferentes. No queremos ser solistas que siguen las enseñanzas de un profesor. Queremos ser miembros de una orquesta y tocar una misma sinfonía, en que todos los instrumentos tengan su lugar y su tiempo, bajo la dirección del conductor, que es la Iglesia, y en fidelidad al compositor que es Dios. Nuestra Iglesia ganaría mucho en desclericalizarse un poco y abrirse más a la participación de todos, en todos los niveles de su reflexión y de su acción pastoral.

¿Serán los sueños o las utopías de un anciano marginado de la vida real? ¿O será mas bien el testimonio de la vida que el Espíritu Santo infunde y renueva en su Iglesia y que hace que, mientras los hombres envejecemos y morimos, la Iglesia se rejuvenece y se renueva siempre?

+ Bernardino Piñera C.,  
Arzobispo Emérito de La Serena